

El Águila

Al margen de que consideremos la Biblia como palabra de Dios o no lo creamos, al margen de que sea considerado un libro religioso o no, lo que no se puede negar es que es un libro donde un pueblo contó hechos históricos (deformados o no) y donde volcó parte de sus observaciones y conocimientos.

La Biblia (Salmo 102 en unas, 103 en otras, versículos 4 y 5) nos dice:

“Él rescata tu vida de la fosa,
Él te corona de bondad y gracia.
Él te colma de bienes en tu vida.
Tal como el águila en su muda,
tu juventud será reanimada.”

Otras biblias lo traducen así:

“Él que rescata del hoyo tu vida,
Él que te corona de favores y misericordias;
Él que sacia de bien tu boca
de modo que te rejuvenezcas como el águila.”

¿Qué quiere decir todo esto? ¿Qué podemos evitar la fosa o que seremos resucitados? ¿Qué es posible rejuvenecer? ¿Era ya posible hace 3.000 años, cuando se escribieron esas palabras y sin los adelantos médicos, vitamínicos y de cosmética que hay ahora?

Lo que no hay duda es que ya en aquel tiempo, aquellas gentes tan hermanadas con la naturaleza, con los animales, habían perfectamente observado la conducta de las águilas, esas aves tan regias, voladoras tranquilas, sosegadas, que desde las mayores alturas observan todo con sus penetrantes ojos.

El águila puede llegar a vivir 70 años; pero, para llegar a esa edad, a los 40 años debe tomar una seria y difícil decisión; pues, a esa edad, sus uñas se han tornado apretadas y sin firmeza, sin fuerza para agarrar y sujetar las presas de las cuales se alimenta; su pico es ya demasiado largo, puntiagudo y curvado hacia su propio pecho y sus alas están envejecidas y pesadas con gruesas plumas; de tal manera que se le hace muy difícil mantener el vuelo.

El águila tiene solamente dos alternativas: o dejarse morir o enfrentarse a un doloroso proceso de renovación; el cual durará 150 días.

Este proceso consiste en efectuar un sublime esfuerzo para volar hacia lo alto de una montaña y quedarse allí, en lugar cercano a un paredón, para iniciar su muda. Ya en el sitio elegido, el águila comienza a golpear su pico contra la pared hasta conseguir arrancarlo.

Después espera pacientemente el crecimiento de uno nuevo, con el que desprenderá una a una sus uñas. Mientras las nuevas uñas van resurgiendo, empieza a arrancarse sus plumas viejas. Después de cinco meses (prácticamente sin comer), ya renovada, efectuará el primero de los muchos vuelos que hará durante los 30 años de existencia extra que se ha ganado con voluntad, sacrificio, confianza y paciencia.

El águila ha sido por siempre, y para muchos países, el emblema en sus escudos por su majestuosidad, su visión de todo el entorno y por ser el ave de mayor longevidad de su especie gracias a tan valiente decisión.

Cuántas veces en nuestra vida debiéramos retirarnos, resguardarnos por algún tiempo y comenzar un proceso de renovación. Pero, para continuar con vuelo de victoria, debemos mudar ciertas cosas, desprendernos de costumbres, tradiciones, rencores y recuerdos que todavía nos causan daño.

Lo que nos envejece, lo que nos mata, no es tanto el desgaste físico del trabajo (mucho menos si es un trabajo disfrutado), sino aquel que hacemos a regañadientes.

Nos envejecen los excesos en comida, bebida, tabaco, sexo, drogas.

Nos envejecen los rencores, el vivir en el pasado, las envidias, los malos genios, los malos humores, el guardarse las cosas en vez de exteriorizarlas y dialogarlas.

Nos envejece el odio, las ganas de venganza, las rabias, la obsesión por tener; el no saber ser feliz con todo lo bueno que la vida nos ha dado.

Solamente libres del peso del pasado, libres de rencores, de ambiciones desmedidas, podremos aprovechar el resultado valioso que una renovación nos trae siempre.

Si en este punto hemos concluido que posiblemente sea cierto que podemos mantenernos jóvenes más tiempo del acostumbrado y que podemos alargar nuestra vida, sería bueno que nos hagamos el propósito de conseguirlo. Cuanto antes empecemos mejor (incluso aunque seamos muy jóvenes), nunca es pronto ni tarde para, como el águila, arrancarnos todo lo que ya no nos sirve, todo lo que nos pesa absurdamente, todos los rencores del pasado que nos lastran, los hábitos que ya no tienen sentido pero seguimos repitiendo como si fuéramos robots, las formas de actuar que nunca nos han dado beneficios, sino fracaso tras fracaso y no nos decidimos a cambiar de táctica.

Arrancar todo eso duele, por supuesto que duele, sobre todo si lo que hay que arrancar es alguien en quien ponemos más amor del que se merece.

Pero lo que más cuesta es cambiarnos a nosotros mismos, reconocer que no somos un ser armónico, integral; reconocer que nos empeñamos en esconder y disimular nuestros defectos, en vez de prestarles la necesaria atención para mejorarnos.

Recordemos la mudanza del águila y hagamos lo mismo: retirémonos de lo cotidiano durante un tiempo, meditemos con honestidad y humildad, seamos sinceros y precisemos cuáles picos, plumas y espolones tenemos que arrancarnos.